

# LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—  
—Eva, leyenda por Enriqueta Lozano de Vilchez.  
Adelantos de la época, por id.—Dos para dos, novela por J. Selgas. Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA.

#### Continuacion.

Entusiasmada con mi idea, me planté en su casa, sin advertir que era muy temprano para hacer visitas, y en efecto, la sorprendí cuando apenas acababa de levantarse.

Recibíome no obstante con mucho agasajo, y me hizo pasar de la sala, que estaba muy bien puesta, á su habitacion, confusa Babel, en donde reinaba el más completo desorden. Muebles ricos y elegantes, pero cubiertos de polvo, y de mil objetos distintos amontonados los unos sobre los otros; vestidos y pañuelos

tirados sobre las sillas; medias y zapatos en todos los rincones, y el suelo tapizado de papeles rotos, y recortes de todos generos y colores.

Amalia tenia suma vanidad, por que se cortaba ella misma los vestidos, variándolos de hechura, y porque sabia hacer toda clase de labores.

Enseñóme muchísimas de muy buen gusto; pero todas súcias y sin concluir, llevando hasta en las puntadas desiguales, el sello de su desaliño.

Luego corrió á abrir un cajon que me hizo salir los colores á la cara, recordándome aquella maldita papelera que yo puse en tan mal estado el dia del desperfecto de la tinta.

El orden es enteramente cuestion de habito: cuando una vez la vista se ha acostumbrado á la armonia que presenta, ya le es intolérable descubrir las cosas amontonadas aquí y allá, sin ningun concierto.

Aquel cajon contenia un poco de todo: dibujos; lápices, agujas de media, agujas de crochet, hilos, sedas, estambres, pero todo



tan revuelto, que tardó mucho tiempo en encontrar lo que buscaba.

Cuando al fin hubo dado con ello vino á sentarse junto á mí, desdoblado con mucho énfasis el precioso bordado que estaba haciendo.

—Ya que V. ha sido tan buena, dijo, que ha venido á verme de confianza, yo quiero darla también una prueba de la mía, concluyendo esta labor que me corre mucha prisa.

Su objeto no era ese: pero yo la perdoné de buen grado esta pequeña debilidad de su amor propio, porque esperaba con mucha diplomacia sacar algún partido de ella.

Empecé por alabar el bordado, como en efecto lo merecía, luego hice recaer la conversación sobre lo útil que son esas labores entretenidas para conjurar el fastidio de la soledad, y poco á poco la llevé al terreno que me convenia.

La hablé de su vida de Madrid, y de las fiestas que daba en su casa, en las cuales, según me habían dicho, hacia de una manera inimitable los honores. No necesité más.

—Lo primero que hay que atender, me respondió con tono enfático y magistral, es á la edad de las personas invitadas, y á su categoría y al grado de relaciones que tienen con nosotros. Cuando yo convidaba á jóvenes de mi edad, el primer servicio se componía de manjares sólidos y fuertes, y los postres de frutas, pasteles, queso, etc. pero cuando lo hacia á ancianos y gente respetable, procuraba que los manjares fuesen esquisitos, sustanciosos y de difícil digestión. Las personas ya entradas en años gustan de la buena mesa, como de uno de sus goces positivos, pero carecen de apetito, y es preciso estimularlos con cosas nuevas, sabrosas y delicadas.

Cuando los convidados eran de todas clases y edades, entonces atendía á los más ancianos y de más categoría, para ordenar mi comida.

Todo lo que podia hacerse la víspera quedaba hecho, de modo que en la mañana del día designado, la cocinera y la doncella no tenían más trabajo que el de hacer las cremas, los flanes, las vizcochadas, y las demás cosas de repostería.

Cuando era convite de confianza, yo seguia la antigua costumbre de colocar todos los platos junto á mi marido, quien los iba llenando y repartiendo á los convidados, con lo cual me parece que se ejercen mejor los deberes de la hospitalidad y de la cortesanía. En este caso se ponía al lado de la sopera un rimero de platos, y yo servia, entregándoselos á los criados para que los fuesen llevando á cada uno de los convidados, por orden de edad ó categoría, despues de lo cual quitaban la sopera, y traian el primer servicio.

Este modo de proceder es más galante, porque los amos de casa pueden demostrar alguna deferencia á sus comensales, ocupándose de obsequiarlos y complacerlos en particular; así es que sin disputa es preferible, cuando se trata de un almuerzo ó de una comida sin etiqueta.

Amalia no limitó á estos detalles su oficiosidad, sino que me dió otros, que transmitiré mañana, juntamente con los apuntes que yo he recogido luego aquí y allá de personas autorizadas, para que nunca jamás te encuentres en un conflicto semejante al mío.

## XXX II.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

—La colocación de los platos en la mesa no deja de ser una cosa también bastante difícil, prosiguió Amalia, sobre todo para aquellos que no tengan un exato cocimiento del arte de cocina, que es necesario estudiar con detenimiento los manjares y el modo con que han sido preparados, para poder distinguir bien los segundos cubiertos de las entradas, los platos de respeto de estas últimas, los intermedios de los principios, y los asados de la pastelería.

Al disponer el primer servicio de una comida para colocarlo sobre la mesa; es necesario reunir cada plato de entrada con otro que sea de la misma clase, y no confundir los intermedios frios del primer servicio con los del segundo.

Para esto lo mejor es, que antes de poner en la mesa cada servicio se dispongan y colo-



quen todos los platos que lo componen sobre otra mesa, en la cocina ó repostería, y de este modo no es fácil equivocarse. Para una comida de etiqueta el primer servicio podría constar de cuatro sopas, cuatro primeros platos; y ocho principios, y el segundo servicio, de cuatro piezas mayores, fiambres de intermedios, ocho platos de asado, y veinte intermedios, y el tercer servicio de postres, cuantos sean posibles.

En el primer servicio se pone el plato preferente en el centro de la mesa: las demás cosas se sirven por fuera: en el segundo se pone la pieza mayor de asado, y los demás platos se sirven igualmente por fuera: y por último, á los postres se sirve por fuera el queso. Las frutas están colocadas en elegantes canastillos, cubiertos de flores, rodeados de tortas, pasteles, empanadas, dulces secos y confituras.

Para las comidas de etiqueta, la moda ha adoptado, y acaso con razón, el servicio á la rusa, que es mucho más cómodo para los amos y más fácil de desempeñar por parte de los criados. También es más cómodo para los convidados, porque los criados dan vuelta al redor de la mesa, presentándoles los manjares ya trinchados; y cada uno toma lo que quiere.

—Es decir interrumpí yo riendo, que en las comidas también adoptan el gran lema del siglo: cada uno para sí.

—En efecto, me respondió con gravedad; de este modo ninguno tiene que cuidarse del vecino, y el amo de casa llena todos sus deberes con haber presentado una comida opípara y bien dispuesta. Esto es mas cómodo.

Olvidaba decir á usted, que al lado de cada cubierto se coloca una copa grande para el agua, y otras de varias dimensiones, segun el número de vinos que deban circular en la mesa. Pueden ponerse así mismo una botella de agua para cada convidado; pero los vinos se sirven todos por fuera.

En otro banquete, que fué también muy celebrado, modifiqué así el servicio á la rusa. La mesa en cuyo centro se eleva un elegante dormant, como dicen los franceses, no se cubre

hasta los postres, cada uno de los convidados encuentra debajo de su servilleta la lista de la comida. Los criados van pasando alrededor de la mesa los platos de que se compone cada servicio, y los comensales eligen el que quieren; pero esto es muy incómodo porque exige un gran número de criados.

—¿Y qué es un dormant? la pregunté poniéndome un poco colorada.

(Continuará.)

Angela Grassi.

EVA.

LEYENDA SAGRADA.

(Continuacion.)

Y al escuchar la voz omnipotente del supremo Hacedor, estremecidos doblaron tristes su manchada frente y ocultarse quisieron confundidos. «Señor, murmuró Adán humildemente, con los ojos en llanto humedecidos, si esquivo ingrato tu presencia hoy y vergüenza tengo, que desnudo estoy.»

Y dijo el Hacedor: «¿quién ha rasgado el velo de tu cándida inocencia, sino el haber ingrato profanado el árbol de la vida y de la ciencia? Y respondiéndole Adán: «la que me has hecho, compañera feliz de mi existencia, á tu inmensa bondad haciendo agravio el vedado manjar llevó á mi labio.»

Entonces Eva, trémula y turbada, viendo fijarse en su inclinada frente soberana y severa la mirada del ofendido Dios omnipotente, exclamó temerosa y agitada, «Señor, fui seducida, la serpiente mi orgullo despertó, y en mi malicia, olvidé tu mandato y tu justicia.»



Y viendo el Hacedor así manchado,  
apesar de su afán y su ternura,  
el ser en la creación privilegiado,  
su obra mas bella, su mejor hechura,  
con acento solemne, santo, airado,  
allí maldijo á la serpiente impura,  
condenóla á arrastrarse por la tierra,  
y entre ella y la mujer alzó la guerra.

Y á Eva dijo: «los hijos de tu alma,  
hijos serán también de tus dolores,  
tus tristes noches pasarán sin calma,  
tus días entre afanes y temores,  
y cuando logres la anhelada palma  
viendo al fruto infeliz de tus amores,  
en llanto amargo, del dolor primicia,  
irá empapada tu primer caricia.

Y tú culpable Adán, tú á cuya mente,  
sublime inteligencia dió mi acento,  
con el sudor de tu cansada frente  
amasarás el pan de tu alimento,  
Y un día y otro en tu desvelo ardiente  
pasarás entre afanes y tormento,  
y donde siembres flores peregrinas,  
la tierra te dará secas espinas.

Marcha y cruza ese mar alborotado  
triste y revuelto que se llama vida,  
con la frente en el polvo, y abrumado  
al recuerdo fatal de tu caída.  
Cruza ese mundo para tí creado,  
con la planta en el lodo confundida,  
pues eres polvo, y tu materia humana  
en polvo al fin se tornará mañana.

Y del eterno edén, del Paraíso,  
jardín inmenso de inmarchita gala,  
dó derramar el bien mi mano quiso  
y al que en divino encanto nada iguala;  
hoy te arroja mi voz, parte sumiso  
y si un suspiro tu dolor exala,  
no, no vuelvas atrás tu planta incierta,  
que un querubín te cerrará la puerta!

¡Ya el hombre delinquir! la luz divina  
que reflejaba en su eternal mirada,  
se estinguió, cual del agua cristalina  
una gota en la arena calcinada:  
y como nube errante y peregrina  
por los furiosos vientos impulsada,  
él cruzará una vida transitoria  
llorando siempre su perdida gloria.

Siempre el recuerdo de su bien pasado  
hermoso y puro brillará en su mente,  
tornando así mas triste y angustiado  
su incierto porvenir y su presente:  
el sello de su culpa y su pecado  
escrito llevará sobre su frente,  
pues su divina esencia soberana  
trocó infeliz por la miseria humana.

La marca original de su delito  
su descendencia llevará grabada:  
legado de dolor, rastro maldito,  
triste herencia con lágrimas regada.  
¡Los hijos del Señor, Dios infinito,  
hijos funestos de la culpa odiada!  
¡los que por ley de amor libres nacieron  
esclavos de Satán se convirtieron!

¡Llora, raza de Adán, envilecida  
por el delirio de tu madre impura!  
¡llora tu gloria celestial perdida  
en un momento de fatal locura!  
¡llora tu esclavitud, tu incierta vida  
cercada ya de llanto y de amargura,  
y en tu terrible y sin igual desvelo  
llora infeliz por tu perdido cielo!

### III.

La sentencia de Dios cumplida estaba:  
la inculta, árida tierra,  
el triste Adán regaba  
con el sudor de su tostada frente,  
y su vida pasaba  
con sus pasiones en perpétua guerra,  
y en lucha con su espíritu gigante.  
¡Alma inmortal nacida para el cielo,  
de su inmensa grandeza despojada,  
para vivir muriendo en el desierto  
en nuestro amargo y desolado suelo:



el triste eterno llanto  
 teniendo como su patrimonio;  
 de su pasada vida  
 llorando débil el perdido encanto  
 y la grandeza celestial perdida?  
 Y Eva, la flor mas candida y mas pura  
 que engalanaba hermosa el Paraíso;  
 marchita ya, sin brillo y sin frescura;  
 solo tuvo un momento de alegría  
 cuando en medio de angustias y dolores,  
 pudo estrechar entre sus tiernos brazos  
 al fruto de sus miseros amores.  
 Aquel hijo primero  
 con su dulce sonrisa  
 secó su llanto, y refrezcó su alma  
 cual á la casta rosa  
 refrezca y abre la serena brisa.  
 Y aquel cándido niño  
 su santo orgullo fué, fué su alegría  
 y le llamó Cain, y noche y día  
 gozó con su purísimo cariño.  
 Y otra luna brilló: y Eva gozosa  
 existencia á otro ser le dió en su seno,  
 al tierno Abel, que en su nevada frente  
 y en su mirar sereno,  
 dejaba ver su candida dulzura,  
 su recto corazón leal y bueno.  
 Y ambos crecieron al calor suave  
 del cariñoso maternal regazo,  
 unidos siempre cual la vid al olmo  
 del fraternal cariño con el lazo;  
 mas ¡ay! que la semilla de la culpa  
 no en vano no, se derramó en el mundo:  
 que el corazón del hombre  
 nacido para el bien, y la pureza  
 el arcángel caído  
 tocó en un campo para el mal fecundo.  
 Algunos años solos que pasaron  
 del lento tiempo por lo mano helada,  
 á derramar bastaron  
 la envidia maldecida  
 de Cain en el alma fraticida.  
 Y á su influjo maldito,  
 que tanto crimen en su mano encierra,  
 se cometió el delito,  
 y la sangre de Abel manchó la tierra.  
 Y el grito postrimero que su lábio  
 lanzó al dejar la vida,  
 resonó aterrador y doloroso  
 de la madre en el alma estremecida.  
 Y corrió presurosa  
 al lado de su Abel, y la postrera  
 mirada cariñosa

(Continuara)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LOS ADELANTOS DE LA EPOCA.

La civilización de nuestro siglo, llamado, y casi con justa razón, el siglo de la ilustración y de las luces, después de haber llenado los espacios con el vapor de sus locomotoras, acortando las distancias con los hilos de sus telegrafos, y asombrando las inteligencias con sus descubrimientos y sus creaciones, y sus atrevidas empresas, ha querido hacer alarde de su esplendor, y como tributarios de tanta grandeza, ha traído en pos de sí el lujo, la ostentación y el fausto que por todas partes y en todas formas invade los dominios que ocupaban antes, en santa y dichosa armonía, la modestia, la sencillez, la economía y la dulce humildad.

Ya no es solo en los trajes vistosos y escéntricos de las damas, en sus deslumbradoras joyas, en sus ricos diamantes, ni en sus costosos trenes donde el lujo proclama su imperio. Ya no es solo en las sedas y blondas con que se atavia la muger de la clase media, ó la pobre hija del pueblo, donde la ostentación se enseñorea como reina y única dueña; no es solo tampoco en los regios salones, en las grandes moradas de los poderosos donde el fausto deslumbra la vista y trastorna las inteligencias, declarándose árbitro del mundo.

No: la vanidad y el orgullo de nuestra época á querido hacer mas, y ha descendido desde el magnifico palacio del magnate hasta la sencilla morada del industrial, y de esta á la humilde choza del jornalero, invadiéndolo todo, trastornándolo á su capricho, y sujetándolo á su antojo.

En estas innovaciones, en este afán de progreso y de adelanto, como le llaman donde quiera, ha habido, sin embargo, algo de pernicioso, algo de perjudicial, algo que, á la par que abre las puertas al saber, entorpece y hace difíciles y casi impracticables los estrechos caminos de la vida.

Por que dejar ver la riqueza al que ha de vivir sumido en la miseria, crearle aspiraciones que no ha de realizar, necesidades que no ha de satisfacer, es, como he dicho antes, hacer impracticable el camino de la vida.

No hablaré hoy de la alta aristocracia, cuyo lujo está en relación con sus haberes, y es casi una necesidad en ella; y un bien para la industria y el comercio.

Tampoco hablaré de la clase media, de esa clase mas infortunada que ninguna, pues está condenada á vivir en lucha eterna con sus aspiraciones de gigante y con sus fuerzas de pigmeo.

Hablaré solo de la obrera, de la trabajadora que pudiera ser much o mas feliz, si en vez d



despertar su ambicion, su vanidad, sus deseos de elevacion exagerada, irrealizables las mas veces, se le hiciera comprender que es falso ese torpe axioma de que tanto se vale cuanto se tiene, puesto que es igual ó quizá mayor el mérito del hombre humilde, y digno, y leal que trabaja para alejar de su hogar la miseria, que el del prócer que vive deslumbrando á la multitud con el brillo que le rodea.

La civilizacion moderna que en su anhelo de avanzar siempre y de proclamar la igualdad para todos, á creído demasiado humildes, demasiado sencillos los gustos y las costumbres, y los usos de nuestro buen pueblo español, le ha querido sacar de su esfera, y le ha empujado con violencia hácia otros centros, hácia otras diversiones hácia otra sociedad que las que antiguamente preferia.

Entre otras inovaciones, entre otras reformas, ha suprimido las reuniones de familia, las dulces veladas junto al hogar, para crear los círculos, los casinos de obreros, creyendo á caso hacer á estos un bien, pero causándoles mucho mal.

Mucho mal, si; y no me tacheis de ciega ó ilusa al escuchar estas palabras, por que ellas encierran una verdad, y la verdad á de decirse siempre, por que es doquiera manantial de luz.

Analicemos pues, y veamos en que se funda mi opinion, decidme con lealtad, que es lo que invade primero esos círculos, esos centros de reunion de que os hablo? ¿cuál es la primera aspiracion de aquel que los crea? ¿qué es lo que se propone principalmente en ellos, sin tener en cuenta su objeto, ni la clase de aquellos que lo han de frecuentar?

El lujo, la ostentacion mas estremada, el deseo de que sobresalga entre los demás de su género.

Cómodos divanes, alfombras en que se hunde el pié, brillantes espejos, asientos de terciopelo, decoran ¡ay! los estensos salones destinados á dar asilo por algunas horas á hombres que carecen de fortuna y que viven tan solo de su honrado trabajo.

Se hacen sacrificios inmensos, en nada se repara para decorar el local; cuanto mayor sea su lujo, mayor es el orgullo de sus fundadores, mayor la vanidad de los que han logrado fundarlos.

Y ¿sabeis acaso, sabeis los males que esto trae en en pos? no, por que sin duda no os habeis tomado el cuidado de pensarlo, y de calcular las consecuencias que ese lujo puede traer en pos!

El obrero que despues de un dia de penoso trabajo vá á buscar en esos salones algunas horas de descanso y soláz, entra quizá con la sonrisa en los labios y se detiene confuso con la amargura en el alma, porque á fijado las miradas en su propia imágen, reflejada en aquellos magníficos espejos que cubren las paredes, y siente en su corazon algo que yo no sabria definir, pero que se asemeja mucho á la ver-

güenza, al enojo, á la humillacion. ¡Ay! es que la figura no está en armonia con el cuadro: es que su pobre traje, su aspecto modesto, desdice de cuanto en aquel instante le rodea, de cuanto le cerca en derredor!

De aquella mirada pues, nacen en su mente el disgusto de la posicion que le cupo en suerte, la envidia, la ambicion, los pensamientos culpables acaso!

Mas si esto lo creis exagerado, detengamos el pensamiento: no avancemos tanto en el camino de las suposiciones, y concederme solo la certeza de que aquel hombre se avergüenza de su pobreza y quiere ocultarla en parte.

Al siguiente dia, y para seguir concurriendo á aquel círculo, es forzoso llevar otro vestido, es preciso adquirirlo aun á costa del sustento, del bienestar y acaso de la paz de la familia, porque á veces esto se hace contrayendo deudas, recurriendo quizá á la usura, y cercenando para esta el mezquino jornal adquirido con tantos afanes! ¡Ay! y cuántos dolores, cuantas amarguras traen en pos la usura y las deudas!

Con ellas entran en el hogar la inquietud, el disgusto, la sozobra y la agonía mas continuada!

Pero, ya lo dije antes, al pisar esos círculos, es preciso no ser menos que los demás, es preciso estar en armonia con el conjunto, es preciso tambien hacer algun gasto. ¿Se presenta tan á menudo y tan propicia la ocasion! Hay allí tantos que gastan tambien!

Y sin embargo de cuanto llevo dicho, no es esto á mi ver el mal mas cierto, mas irremediable, que estas nuevas costumbres llevan en pos.

Lo peor á mis ojos es el desvío y el malestar que necesariamente atraen sobre la familia, y sin que nadie ni nada pueda evitarlo.

El hombre que pasa la noche en esos salones donde todo brilla, donde todo es hermoso, donde todo brinda comodidad y regalo, ¿creéis por ventura que no encuentra mástriste su hogar, nimenos agradable su humilde morada?

¡Ay! que despues de haber ocupado una muelle butaca les parecen mas duras sus sillas de paja ¡ay! que despues de haber pisado elegantes alfombras, el desnudo pavimento le parece más frio; despues de haber anegado sus ojos en la claridad de las bujías, la llama de su hogar les parece muy pálida.

Acostumbrándose á la riqueza de aquellos salones, de que se juzga dueño, puesto que han sido creados para él, encuentra insoportable la boardilla ó el estrecho cuarto que habitan sus hijos; encuentra demasiado pobre y mezquino el aspecto de la compañera de su vida, encuentra desabridos los humildes manjares y poco trasparente el agua que le ofrecen allí.



Y no es suya la culpa, no! es tan notable la diferencia, que cualquiera la siente, cualquiera la advierte á su pesar!

En las horas que el hombre pasa en esos centros de reunión, se connaturaliza con todo cuanto le rodea, y se cree superior á lo que es en la vida real.

De aquí nace el disgusto, el astio que siente al alejarse de aquellos sitios, cuando tiene que tornar á la triste verdad, y al trabajo y á la escasez.

Quizá el mismo no se da cuenta de ello, pero, por una ley ineludible, ha de comparar su existencia de algunas horas con su existencia de siempre, y ha de envidiar la suerte de otros seres que pueden vivir continuamente en quel plácido bienestar.

Las horas trascurren en aquella agradable atmósfera, con una rapidéz asombrosa, y los que entraron por algunos momentos, pasan la mitad de la noche allí.

El tiempo que debía concederse al descanso, se emplea, trasnochando, en juegos que merman el haber, en acaloradas discusiones, en vanos proyectos que trastornan el espíritu y exaltan la imaginación.

Esto necesariamente produce al siguiente día mal estar, y fatiga y cansancio, que tornan el trabajo en suplicio y le hacen mas insoportable y mas penoso que antes.

Me direis acaso, para contrarrestar estas ideas que el hombre se ilustra, se civiliza en esas reuniones, y á mi vez os pregunto para que me respondais con la lealtad de vuestra conciencia, ¿qué es lo que el hombre puede aprender allí?

Será el respeto á Dios, á la moral y á la virtud? será el amor á la familia? el apego al trabajo? el horror á la murmuración y á la licencia y al derroche?

Yo no puedo, yo no sabría decirlo; pero el pensador que quiera averiguarlo, que pase algunas horas observándolo en silencio. Solo si os aseguro, sin temor de engañarme, que ningún sabio tiene su catedral en aquellos lugares.

Mas dejando á un lado todo esto, y pasando por alto el si son ó no convenientes para los honrados arteranos los círculos y casinos, y encargando á otras plumas mas autorizadas que mi humilde pluma el cuidado de esclarecerlo, y sometiéndome desde luego á su ilustrada opinion, volveré al principal objeto de estas lineas, repitiendo una vez y otra vez, que el lujo y la ostentación, y el brillo que se prodiga en todas partes es la causa primera de los males de nuestra sociedad, es el veneno que corrompe sus mas claros manantiales, y el viento de muerte que marchita todas sus flores; es el germen terrible de donde brotan la ambición, la envidia, la vanidad, el odio, el crimen quizas, y que cuanto bajo, mas pobre, mas pequeño sea el escalon

social en que quiera asentarse, mas perniciosas, mas terribles y mas desoladoras serán sus consecuencias y los males que trae en pos.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## DOS PARA DOS

Novela original

DE

D. JOSE SELGAS Y CARRASCO.

(CONTINUACIÓN)

—¡Ola! dijo Jaime: han desaparecido. Es mucha paz la que ese niño hace con su abuela: la quiere mas que á tí, mas que á mí, y mas que á todos; en estando con ella, no se acuerda de nadie.

—¡Ya lo creo! como que es su madre antes que yo. ¿Te ries?

—Sí, me rio de ese tierno disparate... Y el caso es que tienes razon, tener nietos, es tener hijos dos veces, la abuela es antes que la madre.

—Es antes, y es mas, añadió la jóven. Pero calla, dijo, y era ella la que hablaba. Me parece que oigo cantar á mi madre en el parque... ¡Vamos! está loca con el nieto.

—Un rumor lejano les llamó la atención.

—¿Oyes? preguntó la jóven, parece un trueno.

—Un trueno...! No puede ser.

El rumor crecia acercándose, al mismo tiempo que un grito lastimero, y prolongado salió de un extremo del jardin.

La jóven se acercó á su marido, diciendo.

—Mira, mira: el perro ahulla... Jaime yo tengo miedo.

—¿Miedo! ¿Y de que?

—Que sé yo...! El miedo no es una cosa razonable... y cuando se tiene... se tiene.

El rumor que habia ido en aumento, cesó de pronto, y Jaime dijo:

—Vamos, Isabel, tranquilízate: es un coche... que se ha detenido.

—Sí, replicó ella, pero el perro ladra como un desesperado.

—Los perros son muy miedosos: ladran hasta de su sombra.

—Yo oigo, insistió Isabel, no sé qué...; pero oigo..., me parece que ha crugido la verja de la tapia.



Y así endo el brazo de su marido con entre-ambas manos, lo llevó hacia una de las rejas.

El jardín se hallaba envuelto en la primera oscuridad de la noche, que la luz del quinqué hacia más profunda, distinguiéndose confusamente los arbustos como sombras impalpables.

No se veía nada, pero se oía... Se oía el ruido de pasos precipitados que herían el suelo con violencia, y hasta se percibía como el ronquido ahogado de una respiración fatigada. De pronto pareció que las ramas gemían bruscamente sacudidas, y se oyó un golpe semejante al de un cuerpo que cae: el perro ladraba con verdadera furia.

—¡Nuestro hijo, nuestro hijo! exclamó Isabel en voz muy baja.

—Espera, dijo Jaime.

Y se lanzó á la puerta.

—No, no: yo contigo, replicó la joven.

En la puerta se detuvieron un momento los dos escuchando.

Jaime preguntó.

—¿Será Luis, que se aprovecha de la oscuridad de la noche para cojer pájaros?

—No puede ser contestó Isabel, porque está estudiando en su cuarto: además á Luis no le ladraría el perro.

—Será tu madre que corre con su nieto.

—Tampoco el perro le ladraría á mi madre.

Jaime reconoció la fuerza de estas razones, y abrió la puerta para salir; pero al tiempo de abrirla ambos retrocedieron con un mismo movimiento: Isabel asustada, Jaime sorprendido.

Y había razón para retroceder, para asustarse, y para sorprenderse, porque apareció en el dintel de la puerta una especie de sombra que se precipitó en la sala, pronunciando con voz enronquecida estas palabras.

—¡Favor, favor... quiere asesinarme!

La sombra iluminada por la luz del quinqué, se dispuso mostrando á los ojos atónitos de Isabel y de Jaime, la graciosa figura de una hermosa joven, cuyo traje rasgado y cuyos cabellos descompuestos daban testimonio de la agitación de su ánimo.

—Señora dijo Jaime: cualquiera que sea la causa de tan inesperada visita, puede V. contar con nuestro amparo.

—¡Calla, calla! exclamó la recién llegada componiendo su tocado y arreglando sus negros cabellos. ¿Qué veo...? Isabel, ¿tú aquí!

Isabel dió un paso hacia ella, mirándola con creciente asombro, y de pronto se colgó á su cuello, besándola y diciendo:

—¡Catalina! ¡Catalina! ¿Qué es esto?

Jaime permanecía inmóvil delante de la puerta.

—Esto, contestó la joven desprendiéndose de los brazos de su amiga, es una cosa bien sencilla. Imagínate que huyendo Catalina de Rusia del tirano de su marido viene á refugiarse á la casa de Santa Isabel, Reina de Hungría.

—Pero estás temblando, y has dicho que querían asesinarte.

—Catalina hizo oír una carcajada que más tenía de convulsiva que de espontánea, y dijo:

Tiemblo porque he corrido; y el caso no era para menos. Yo quería pasar ocho días en Biarritz, ir á Vich, y dar una vuelta por París: tenía empeño en ello; pero mi marido, por lo mismo, quiere que pasemos el verano en una quinta que tengo más allá de Carabanchel de Arriba. Después de muchos altercados, vinimos á una transacción; me propuso que pasaríamos unos días en la quinta, yendo después donde yo quisiera. ¿Tonta de mí que convine en ello! En el camino he sospechado de sus intenciones, y no me ha sido difícil descubrir sus designios. El coche se detuvo casualmente delante de tu casa; aproveché la ocasión, y hui. ¿Te parece que encerrar á una mujer en Carabanchel, cuando todo el mundo va á Biarritz, á Vich y á París, no es asesinarla!

—¡Qué loca eres! exclamó Isabel con dulzura. Pero... añadió asustada: ¿tienes sangre en la mano!

—Sí; se me enredó el vestido no sé en qué, y caí de boca.

—Siéntate, siéntate, le dijo su amiga. Estás trémula.

—No, no; quiero que me lleves á tu tocador.

En el momento en que Isabel cojía la mano de Catalina para conducirla á su cuarto, un nuevo personaje entró precipitadamente en la sala, diciendo:

—Señora el coche nos espera.

Esta contestó resueltamente:

—Por mi parte, es inútil que espere. Pasaré aquí la noche, y mañana tomaré mis disposiciones. Después de lo que ha pasado entre nosotros no podemos estar juntos ni un minuto. Nos separaremos sin que haya fuerza humana que lo impida.

(Continuará.)

Granada.—imprensa de «La Madre de Familias»